

Ese silencio

Pues al mundo no importa nada, nada,
diremos de nosotros pocas cosas.
Lentamente, cómo fuimos callándonos más veces, cada vez
más callados, respirando
sólo aire de silencio, sólo canción dormida
en tiempos de iracundia, de prisa,
sorbiendo sólo el agua
del manantial brotando hacia su centro.

Cómo así, sólomente, llegamos a hermanarnos,
por el olvido, por el tiempo,
por el común naufragio.

Así, solos.

Los disfraces desnudos celebraban
ostentosamente el apogeo. Se vestía
de dignidad la sátira,
se rodeaba de escenario.
La palabra entramada

VENCIA SIEMPRE

Muy pronto desvalidos, nos hicimos con algunas certezas. Concedíamos
a la ocasión lo propio, pero vagábamos
sujetos a palabras más que a rutas,
a los días, más que a los designios.

Y POR LA EXTRAÑA VISION DE MUCHOS OJOS
PERDIMOS NUESTRA INTERNA TRANSPARENCIA

Nos instamos entonces a comprendernos.
Creamos un lugar para ese encuentro,
un espacio de desvelamiento,



una cita para intentar acogernos.

MAS MEDÍAMOS LA VOZ AL MILÍMETRO
Y EL TERRITORIO DEL HABLA ERA, EN VERDAD, UN TRATADO.

Por fin, ya sólo amábamos a los que nos abandonaban.
Cierto que sólo traicionándonos en algo
alguna dicha venía, algún sabor a amor antiguo.

Finalmente, sentado lo sentado,
desechada la ambición
del Ideal, como procede
visto el pacto de humores, la belicosa esencia,
a eso, que es vejez, nos retiramos, a ese grado
justo del dolor, la oscuridad, a esa luz nuestra,
más pacientes y tristes pensando en como hallarnos,
con más perseverancia en las entrañas
para poder sentir nuestras diversas suertes.



Todo el bando

Donde nadie te ha visto, yo te amo.
Sin apariencia y vano tu ser frente a los muros
previendo incertidumbres sin amparo.
Te llevo entre manos. Te sostengo
sobre mi mismo aliento derrotado.
Y te quiero elevar donde merece
tu esfuerzo: que el naufragio
se alce en juez, por ser fieramente humano
hasta el fin. Yo prefiero el privilegio
de llorar con honor, tragar lo amargo
en soledad a vivir de medio lado.
No te abandono. Sigo
siempre insistiendo y lo declaro:
me tiene de su parte el desdichado
hasta el fin, sin condición ni pero
posible.. Somos ambos
de la misma tristeza dura. Todo el bando
que tengo es el del ser abandonado
a su suerte. Esta es la lucha
por la que doy la vida. Lucho
por ti y por mi, contra el cansancio
indistinto en que nos sume el tiempo sin reparo.
Donde apelo
es también a mi mismo corazón en ti encerrado.
Ven tú y toma
de mi pecho tu mismo corazón. Y ahora, hazlo
arder en una pira de fe en el olvidado.



Abundancia

Uno sabe distinguir bien, entre el acero que echa pólvora,
a lo que a través de sus entresijos - aristas de roce
primeramente agraz, fondo de vértigo y estacas -
han amado la vida: se les ponen
dos brillos peculiares en los ojos que no los dejan nunca
y fulgen - limpios - como estrellas profundas tras un pozo.
Vertos sólo deja a uno congraciado, y el mar se ofrece entonces
como un amigo manso a lavarte las plantas, tan claro y silencioso.
Uno es sencillo para esto: la mirada lo hace,
y la simpatía humana es todo es necesario, y nada más es preciso.
Tan fácil es como oler el pan, tan antiguo
como cuando la alegría del prójimo no significaba una derrota
nuestra y, sin embargo, en tan pocas ocasiones lo alcanzamos
que nos perdemos una y mil veces la serenidad suprema
de estar agradecidos a todo, tal antes de las riquezas.



Se destacan los montes donde brillan los ríos
Las florescencias de los árboles son radiantes
/coronas.

El joven año comienza como con fiestas.

F. H.

Hasta las estrellas son para nosotros.
Nada malo, nada prohibido hay de ellas,
ni en sus nombres, ni en tratarlas como si fueran de casa.
Nada en que parezcan un baile de animales
con un bosque de fondo azul tupido.
Los animales son preciosos
y el bosque más.
Por tanto: ¿Que he de tener yo contra un bosque sin fin
para imaginarme un paseo?,
¿qué contra mirarlas claramente a los ojos?;
¿qué he de tener contra ellas, que como pequeñas criaturas centellantes
lo recorren y animan?.
¿Qué he tener contra lo que es y como tal aparece,
y no aparece si no es,
y no aparece como lo que no es?.
¿Qué he de tener, también, contra mí mismo?.

Con las estrellas vale, cuando se las ve, cada una en su sitio,
lo que vale con toda cosa que tiene un hermoso nombre.



A la ciudad de Las Palmas

Faltaba un canto para tu luz, tu sombra perdida.
Faltaba una doliente
elegía para tus tonos grises,
una balada de derrota para tu asfalto rendido,
una épica canción para tu iluminada alegría.

En ti se instala mi voz, en ti resbala por las losas.
En ti vuelve por el mar
a nacer. En ti ya no fenecen
mis palabras nunca: se desgranán
por tus aceras, vuelven. Las regurgita
un aire de emoción.

Quiero tu viento triste otoñal.
Amo denodadamente tu ráfaga de fuego.
Me nutro día a día de la savia
de tu pueblo que cercena el dolor.
Me pierdo, vago por el agua dormida
de tus mansos reflejos.

Sólo soy un hombre medio dormido.

Sólo intuyo antiguas acequias florecidas.

Sólo soy una rama de tu palma antigua.

Déjame sólo recostarme en una de tus orillas.
Dame, ciudad, sólo un gramo de lo que destilan tus mañanas.
No tengas escrúpulos,
y cuando por tus calles más lóbregas vaya pidiendo amor,
contéstame con una única ola de batientes caricias.



La espera

Solo como piedra, como oquedad,
como demonio volcado a persuadirme
de mi insignificancia, ajeno
al sol, extraño, yerto
de espanto entre la multitud, disuelto
entre gritos y cables y explosiones
de dolor o placer, desnudo y extraviado,
me demoro en la noche, mi aliada
para oír en los cristales las ausencias
y leer en la lluvia mi mañana.



El poema

La materia difícil de escribirse
uno tal como es y, construido
así, deshacerse por, en sentido
idéntico, esperar la palabra para asirse

a su renacimiento, por un acto
de la palabra misma, en ningún caso
de su dominio incierto. Ante el fracaso,
confiar en el verbo, como un pacto

éste que no se quiebra, y que agradece
en forma de más vida aquel respeto
a quien todo lo hace, que obedece

sólo a sí. Dar después el designio por completo
por su nombre veraz, como merece
la que rompe la nada en su decreto.



Libre, la luz.
Libre llega, sin precio.

Con su leve cadena
da mil vueltas al tiempo.

El cepo juega, invita, quiere
llevarla a su momento.

Sería ella, asiente. Luego,
parpadea lo incierto.



Necesidad de la alegría

Contra la pena misma, contra todo
lo que compone poco a poco el desengaño.
Contra la risa huera, contra el lodo,
contra el dinero vil, contra el tacaño

sentir. Contra la suerte
que aguarda al solitario. Con la vida,
con la verdad delante, con la fuerte
divisa del que siente. Por lo herida

que está esta tierra ya, por la manera
en que procede el tiempo a dominarnos.
Con los restos, con fe, con lo que queda

cuando no queda nada. Aunque esto fuera
fuera de lo normal, estrafalario,
como se quiere el pan, como se espera,
queremos la alegría. Es necesario.



Viaje por palomas

Nadie sabe por qué a veces
besa la amargura tan sin razón, tan apretadamente
pretende apurar lo poco que de incólume
queda de un alma.

Como nadie sabe tampoco por qué de repente se trastoca,
arremolina su vestido al aire, y ella misma,
agria señora de la disolución, renace
blanca alegría, joven toda verdad sin artificio, cierta,
y para los que la vida aman con devoción ofrece
un viaje tirado por palomas.



Invocación

En el lugar del aire te reclamo tu risa.
Te pido el nombre para las cosas granas.
Te llamo ojo de luz, cirio azul, fondo de algas.

En el lugar de aire.

En el lugar de tierra te llamo estrella y ascua,
raíz, pequeño arbusto, nogal, silencio vivo.

En el lugar de tierra.

En el lugar de llama tu brisa me acompaña.
En el lugar de fuego.



Lo común

Al igual que la lluvia se derrocha
cuando la tierra encuentra, y unge
de manera sencilla y pertinente,
neta y legítima las frentes

todas que halla, y al instante
las hace recalar como en llanura
de sosegado manto . . .

Yo no te pienso - como la lluvia -.
Cae mi sonrisa sobre ti sin razón ni palabra,
nacida de una luz que me sobrepasa
y una sustancia inaprehensible que, a una, agrada y obliga.



Invocación II

Ven, alegría. Te llamamos. entra
en nosotros. Llénanos el alma
sin avisar. Penetra. Sigue
siempre luz dándonos. No dejes
sin lumbre el corazón. Persiste
en nuestras vidas. Nuestra tristeza
enjuga. Nuestra esperanza
otórganos. Concédete a nosotros, alegría.



Días con muchachas

Vendrán los días con muchachas.
En santas abluciones expulsaremos depósitos de tiempo,
picos de grajo, tanto año inútil,
miradas como puntas negras
al alma.
Tan blanca como alegre
irá ella radiante hacia el tiempo venidero
como se va a una fiesta del olvido.
Extraeremos la vida de la veta de los ojos nublados.
Iremos, iremos a los días con muchachas.



Canción de la mar abierta.

Niña espuma, ábreme
las puertas de las olas
y te daré una rosa de coral.

Cinco zafiros de tristeza
llenan mis ojos. Madre mar,
sobre tu blanca palma
se olvida el tiempo un diezmo en caracolas.

Lava mi frente, madre mar, y súbeme
al corazón un rumor de playas sin derrota
para que el océano enjague las nostalgias
con un arrullo de lúcidas orillas.

No puedo decirte que vengas, que te quedes.
Todo lo mío son estas manos vacías.
Pero si quieres puedes hablarme otra vez de la niña que se bebió el mar
o contarme otra fabulosa historia mientras paseamos.

Yo, por mi parte, mientras caminamos,
con las caídas hojas de mi corazón a secas
para tu blanco cuello iré en silencio tejiendo una roja corona
(hoy toda la ciudad ha estado sola).



Toma esta llama: guárdala
para el frío.
Si, libres de seducción y utilidades,
solo por ser una vez nos quisimos,
cuando sea la piedra todo el centro del aire,
indistinta ella en sí por el aire indistinto,
sustenta tú con ella la verdad de lo que fuimos,
cuando ya no parezcan verdad estas palabras.

Lo mismo que va el barranco,
en voz baja,
recorriendo inevitablemente el cauce, y luego añora
la cumbre, y se vuelca
en el mar sin estrépito,
manso,
así es la herida que enturbia mi corazón:
sin lamento se acerca a su meta,
sin orgullo se dirige a su playa,
sin nada más que dar que el recuerdo de parajes queridos
antaño, desemboca en el mar, dándole sólo
un poco del sabor de la distancia.



Lo ínfimo

Hemos ya fabricado el campo de batalla con alarde.
Hemos forjado las armas con orgullo de inventor.
Hemos librado la batalla.

Por donde se abrió la puerta a la rosa
se adentró la espada, como estaba previsto.

Ahora de nuevo estamos muertos
y afilamos de nuevo nuestra rosa
dejando un por si acaso suave
cada vez más lejano.

Quería decirte algo pequeño,
algo como un país lejano y una casa de tréboles.
Te volverías minúscula. Te posarías en tu sueño
plácida como una estrella cayendo en una hoja.

Quería decirte algo del agua,
algo como una anémona o algún pez del abismo
que en un viaje dichoso te llevara hasta el fondo.

Quería decirte agua y sueño y hoja.
Quería decirte algo pequeño como la verdad,
algo que te sonriera como un zapato nuevo.

Pero pensándolo mejor voy a entregarte sólo un silencio
y a poner en tus manos un suceso reciente hacia tus ojos.



Fantasma griego

No la mano tuya, que, sabiendo,
desesperadamente busca encontrarse con la amada misma,
sino la mano del amante,
la escena eterna en que el amante
desliza lentamente, sin tiempo y sin lugar,
la mano hacia la amada.



Platónica

Efímera, te amo en tu pasar de breve ascua,
tu inútil resplandor, tu luz de instante al cabo ya deshecho,
tu afán de propiedad de la belleza, que sólo reproduce
su ser en ti una vez más, revivir de la llama
del tiempo, eterna y destruída cuando se manifiesta,
chispa, centelleo volátil, luz magnética
de carne, punto álgido del azar que se envanece
y apenas en sus ojos se contempla.

Te amo porque siempre tu belleza
es la de los mismos cuerpos bellos
que ya lo fueron antes.

Te amo porque sientes eterno tu donaire
mientras ella, la eternidad, ríe en tus miembros.



Coplas del aire

He llegado hasta ti sólo con las palabras que perdona el tiempo.
Disculpa si no me procuré esta vez alguna gala, algún mérito, como se suele.

Todo eso me parecía ya excesivo.

En mi voz no hallarás ninguna promesa
ni regalo para el halago,
nada que no sea, como un sí o un no, escueto.

Ve en ello cuanto él cribó, cuánto bien hizo,
qué poco la palabra, ahora, se abarata.

¡Que buena herencia sería
tener la herencia del aire
para esparcirla en el día!.

Y a cada uno el montante
resuelto de la alegría
con la sonrisa adjuntarle.

Por declarar sin ambages,
contra las malas costumbres,
la primacía del aire.



A la aurora

¡ Qué alba
la de tus ojos, madre!
¡ Que luciente espesura de azahar a viva voz
se nos pierde del aire y no se sabe
ni a qué estrella ni cuándo!
¡ Que arrimada circula
a la sangre su sombra sin razón !.
O acaso es que la altura
tiene de vez en cuando sus quererres
y alza un velo en él, una abertura
sin sazón tras los seres.
Mas toda alba perdura.

Lo sensato

No atiendo a la Razón, si la advertencia
que pronuncia es renuncia y lejanía
y, por cuenta, prevé la carestía
de no aceptar con calma tu carencia.

No acato la sanción de la prudencia,
que medida prescribe, si me guía
su cuidado a la pena, y me extravía
del error de acertar con tu presencia.

No razono, no advierto, no me aviso
si a falta de tu voz me desangelo
perdida la noción del paraíso.

Por contra, hacia tu boca inicio un vuelo
sin medida ni regla, y sin permiso
me abalanzo a tu risa como a un cielo.



Qui seminant in lacrimis
in gaudio metent

Si tú sol, si tú espacio, si tú cielo,
si tú emoción y ansia, si tú vuelo,
si tú sosiego y mar, si tú descanso,
¿para qué más cuidado, más consuelo,
si tu destino y gracia, tú remanso?.

Si tú camino y meta, tú presencia,
tú corazón y sueño, tu constancia
en la roca, en el aire... ¿a qué más ciencia
que saber que sabemos tu prestancia
a hacernos recobrar nuestra inocencia?

Si tú cita y placer, si tú victoria,
si tú imposible y cierto, salud, si tú memoria,
¿ a qué más afán, más luz o más objeto
si tú claro y preciso, si tú neto ?.

El deseo de estar tranquilamente,
contemplar cinco veces tus pupilas
y una echarme a reír
como un buzo por dentro de tus ojos,
y reír y reír inmensamente,
igual que un niño hambriento,
como un mendigo ciego y roto que encuentra las palabras,
es el deseo de transcurrir con tu sonrisa de la mano,
es el deseo de contemplar cinco veces tus pupilas
y una saber, apaciguado, hermoso,
viva oír tu voz cercana, y alegrarme.



Canción de la mar abierta.

Niña espuma, ábreme
las puertas de las olas
y te daré una rosa de coral.

Cinco zafiros de tristeza
llenan mis ojos. Madre mar,
sobre tu blanca palma
se olvida el tiempo un diezmo en caracolas.

Lava mi frente, madre mar, y súbeme
al corazón un rumor de playas sin derrota
para que el océano enjague las nostalgias
con un arrullo de lúcidas orillas.



Catarsis

Ningún desecho de un dios mejor que la mirada humana caída y amistosa. Nada mejor para convertirlo que en un mendigo ciego y lloroso de tanta imposible hermosura: cuando lo humano olvidado se reconoce y de la raíz brotan flores que dicen lo que se ha esperado.

Pues el dios era en realidad un espejo erizado y soberbio, y su cristal y azoque, fuerzas hechas de lágrimas donde no cabía ya más tanto deseo de encontrarse.



Tú ocupas el lugar del hada en este juego laberíntico de fortunas desiguales. En su papel, rocías con estrellas de maravilla y admiración por el mundo la casilla en que me encuentras. Yo, sorprendido al momento, cambio enseguida de instante, sigo mi recorrido y no te vuelvo a esperar. Si apareces otra vez, de este modo es con toda la novedad y se paran el tiempo y el espacio y le toca al jugador esperar un turno mientras parece como si le sacaran una fotografía con sonar de campanillas. No sé en qué ha de parar este juego de recorrer los días, pero tales apariciones las interpreto como el presagio de un gran final feliz, en que, presentados los actores a medida que van llegando, entre cantos se incorporan al final en la casilla de la Fiesta, al mundo al que verdaderamente pertenecen -venidos de éste en el que no tienen opción ante la adversidad-, en el cual se les mostrarán la totalidad de las cosas desde su principio a su final, aquello que sólo pueden sospechar aquí en ciertos instantes de simpatía hacia todo.



Yo, por mi parte, vuelvo a la novia, al mar, libre y sincero, descreído de héroes y de hazañas, de victorias e ideas. Me remanso sereno en la claridad del pensamiento azul de este genuino señor de las creencias. Broto, otra vez yo, de dialogar con él, de preguntarle y prestarle mi voz a sus respuestas.

El mismo mar que llamo me llamará algún día en que no tenga voz, pero hoy las nubes lo visten de ceremonia, y no llueve, y el sol surte contento otra vez, como nave amarilla, de él, como burbuja de luz compacta, ese semáforo del mundo.

En la orilla, en la falda de la novia, juega el futuro: colecciona conchas que servirán de ajuar marino a las muchachas nuevas antes del oro adulto del amor, tal vez, o conveniencia.

Más adentro, en la matriz, les reta a los pescadores el cántico de gozo de la sirena, la promesa de la enjundia de peces, y la leyenda de atravesar el mar.

Sólo a lo lejos, imperceptible, clara, suena la melodía de la asfixia, el silencio de todo, los que se han callado.

